

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Consejos para la vida cristiana

La base de la salvación

Nuestro Señor Jesucristo, el Cordero de Dios, murió en la cruz por una humanidad perdida, tomando sobre sí mismo el peso de nuestros pecados. Por eso fue azotado y abandonado por Dios. Él, el único inocente, sufrió por sus criaturas culpables, por nosotros, pecadores e impíos. Su sangre preciosa debía manar y manó, ya que sin derramamiento de sangre no se hace remisión.

Juan 1:29-36
Isaías 53:1-12
Marcos 15:33
Rom. 5:6-11
1 Ped. 1:18-19
Heb. 9:22

Sólo esta sangre, la sangre de nuestro Señor Jesucristo, purifica de todo pecado. Por medio de ella Dios ha comprado a todos aquellos que creen, los cuales por esa causa se convierten en propiedad permanente del Señor. Ellos son un don precioso de Dios Padre a su amado Hijo, quien le glorificó perfectamente tanto en su vida como en su muerte. Jesús, el Señor, hizo la paz mediante la sangre de su cruz, obteniendo así la reconciliación de los pecadores con Dios, por lo cual éstos pueden ser llamados justos. Por él, el amor de Dios nos ofrece una perfecta redención.

1 Juan 1:7
Apoc. 5:9
Hechos 20:28
Juan 10:27-28
Juan 17:4-9
Heb. 9:11-14
Col. 1:19-20
Efes. 1:6-7
Rom. 5:1
1 Juan 4:9-10

La aceptación de la salvación

¡Esta obra de salvación ha sido cumplida en favor de toda la humanidad! ¡Jesucristo dio su vida en rescate por todos! Por lo tanto, esta buena nueva del amor de Dios se dirige a todos. “Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”. El arrepentimiento es el cambio total de opinión y de dirección. Tan sólo el cambio de opinión no basta

Heb. 2:9
1 Tim. 2:3-6
2 Cor. 5:14-15
Hechos 17:30
2 Pedro 3:9
Hechos 2:40

(véase el ejemplo de Judas Iscariote). Además, es necesaria una verdadera conversión.

Mateo 27:3-5
Hechos 3:19

La conversión es el renunciamiento a la vida actual de pecado, obstinada, llena de orgullo y vanidad. También es el rechazo de cualquier superstición y de todo culto según la propia voluntad, que no se somete a la Palabra de Dios. Todo ser humano necesita ser salvo; no existe nadie que pueda prescindir de ello. Por ser hijos de Adán, nacidos en el pecado y por haber cometido pecados, necesitamos ser redimidos.

Mateo 15:9
Salmo 51:5
Rom. 3:23

La ley santa y justa de Dios –los diez mandamientos– declara pecador a todo hombre y exige su muerte para expiar sus pecados. Por medio de la ley el pecado original es sacado a la luz, con todo su horror, y los pecados son descubiertos y condenados. Esta justa condenación deja sin excusa al ser humano. Para cada individuo de corazón recto, la ley es el espejo de Dios donde él se refleja con sus pecados, y esto le provoca estremecimiento.

Santiago 2:10
Rom. 7:10
Rom. 3:19-20
Gál. 3:10
Rom. 5:20
Rom. 7:7-9

Todo aquel que da a Dios la razón y acepta esta sentencia se ve frente al merecido juicio divino. Entonces exclama: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. Si esta alma perdida se inclina ante Jesucristo y acepta su salvación, es salva. Todo el que confiesa sus pecados a aquel que fue crucificado y resucitó, confiándole su vida, recibe dos dones maravillosos de parte de Dios: el perdón de sus pecados y el don del Espíritu Santo.

Santiago 1:22
Isaías 6:5
Hechos 16:29
Juan 1:12
Mateo 11:28
Hechos 13:38
Hechos 10:43
Hechos 2:38
Rom. 5:1-2

Después de esto, esta persona es objeto de la gracia, es justificada y obtiene la paz con Dios. La vida eterna es desde ese momento una posesión personal que no le puede ser arrebatada. La ira de Dios no podrá alcanzar nunca al creyente, ya que éste ha pasado de muerte a vida. Ahora tiene una seguridad eterna. Al ser librado de una mala conciencia, conoce el gozo de la salvación, pues comprende que su posición de pecador ha cambiado por la de un hombre justificado. Cada rescatado recibe así una magnífica

Juan 3:16, 36
Juan 6:37, 40
1 Juan 5:13
Juan 5:24
1 Pedro 1:8
Hechos 8:39
Hechos 16:34
Salmo 68:3
Rom. 5:19
Gál. 5:1, 13

libertad. Es redimido de la ley, de la culpa y del pecado por medio de Jesús y para Jesús. Por medio del don del Espíritu, cada creyente ha nacido de nuevo. Llega a ser un hijo de Dios y puede llamar a Dios “Padre”. Cada hijo de Dios sabe que un día no muy lejano compartirá la herencia y la gloria con Jesús.

¿Se ha arrepentido usted y ha experimentado esta remisión? Si es así, lo siguiente ha sido escrito para usted.

Los primeros pasos en la vida de la fe

El rescatado se ha convertido de esta manera en un nuevo hombre. Es un hombre “en Cristo”. El don del Espíritu Santo es el testimonio de Dios para su seguridad eterna: el sello y la prenda que le garantizan la obtención de la herencia eterna. El Espíritu Santo tiene la tarea de conducir y enseñar al hijo de Dios. Quiere glorificar a Jesús. Por medio de la Palabra de Dios, puede introducir al creyente en la verdad y fortalecerle para que esté firme y bien fundado. El Espíritu habita en nosotros y quiere llenarnos, para que andemos en el camino de la fe llenos de gozo y paz, y que llevemos frutos para Dios.

Poner su vida en regla con Dios

La salvación es ofrecida a cada uno por pura gracia. Arrepentirse y aceptar al Señor Jesús, por la fe, son las condiciones que se requieren. A continuación hay que deshacerse de su vida pasada. Si se ha cometido alguna falta contra alguien, bien sea contra los padres, hermanos, maestros o compañeros de escuela, superiores o compañeros de trabajo, es preciso reconocerla y arrepentirse de ella. Si se ha robado, de ser posible se ha de devolver o restituir lo sustraído. Si se ha calumniado, hemos de retirar nuestra maledicencia delante de los que fueron entristecidos y heridos. La Biblia llama a esto “frutos dignos de arrepentimiento”. Todos podrán ver en

Rom. 10:4
Rom. 8:1-2
Juan 3:3, 7
Rom. 8:14-17
Gál. 4:6-7
Juan 17:22

2 Cor. 5:17
Efes. 1:13, 14
2 Cor. 1:21, 22
Juan 14:17
Juan 15:26
Juan 16:13
1 Cor. 2:12

Efes. 5:18
Gál. 5:16-18
Rom. 14:17

Rom. 3:22-24
Apoc. 22:17

Lucas 15:21
Lev. 6:1-4
(otra versión
5:20-24)

Lucas 3:8-14
Mateo 3:8

usted la autenticidad del cambio efectuado. Aquel que pone en regla su vida de tal manera, recibe un gozo profundo en su corazón, así como la fuerza para continuar el camino de la fe.

Confesar con su boca a Jesús como Señor (Romanos 10:9-10)

Todo aquel que ha experimentado personalmente el don precioso de la salvación, se convierte en un testigo de Jesucristo. Jesús quiere que su maravilloso nombre sea confesado delante de los hombres. El Señor es digno de que confesemos (que reconozcamos) con alegría y sencillez que le pertenecemos. Él habló severamente de aquellos que se avergüenzan de Él o le niegan. Los discípulos de Jesús corren el peligro de avergonzarse de su Maestro cuando el temor a los hombres domina su corazón.

Todo aquel que confiesa (que declara) pertenecer al Señor y ser salvo, recibe un nuevo gozo que le lleva a conducir nuevas almas a Jesús.

Las dos naturalezas del creyente

El recién convertido posee dos naturalezas que habitan en él durante toda su vida:

a) **La vieja naturaleza** que heredamos de Adán, la carne o el “viejo hombre” que no ha cambiado con la conversión. Esta naturaleza, siempre mala e imposible de mejorar, sólo tiene capacidad para hacer el mal. Dios no la sanó ni la santificó. Pronunció una sentencia de muerte sobre ella. El Señor Jesús, nuestro sustituto, quien no conoció pecado, fue hecho “pecado” por nosotros en la cruz. De esta forma, Dios ha entregado judicialmente a la muerte nuestra naturaleza pecadora. Pero él espera que nosotros, sus rescatados, reneguemos de la “carne” con todas sus codicias, teniéndola por muerta. Sin embargo, todo aquel que alimenta esta naturaleza adámica otorgándole gozos pecaminosos, susten-

Lucas 19:1-10
Hechos 19:18

Hechos 1:8
Hechos 5:32
Hechos 7:54
Rom. 1:16
2 Tim. 1:8, 12

Lucas 9:26
2 Tim. 2:12
Prov. 29:25

Juan 1:40-42
2 Reyes 5:1-4

Gén. 6:5
Col. 3:9
Rom. 6:6
Rom. 8:6-7

Rom. 8:3

2 Cor. 5:21
Lucas 14:26
Gál. 5:24
Efes. 4:22
Rom. 13:14
Tito 2:11-12

tándola con la lectura de novelas, las películas sucias, la compañía y la amistad de inconversos, así como con relaciones personales con creyentes mundanos, no debe extrañarse de que el viejo hombre siga atenazándole con todo su poder.

b) **Al lado** de esta vieja naturaleza el rescatado posee la nueva vida, **la naturaleza divina**, a partir del instante de su nuevo nacimiento. Esta vida de Dios no puede pecar, ya que sólo es capaz de hacer el bien. El Espíritu Santo, que es la fuerza de esta vida nueva, produce frutos para Dios. La Santa Biblia llama a este hecho nuevo y precioso: “Cristo en vosotros”.

Si el rescatado nutre esta nueva naturaleza y la sustenta con alimentos dados por Dios, crecerá y será fortalecido. La lectura de la Palabra de Dios y la oración son elementos que la nueva naturaleza necesita diariamente. Pero a esto hay que añadir un sano ejercicio espiritual: el servicio para Jesús. De tal forma, esta nueva naturaleza prosperará. Sólo así ella tendrá la soberanía sobre el creyente.

La vida victoriosa de la fe

¿Cómo puede el recién convertido obtener la victoria sobre las tentaciones diarias que encuentra en su camino de fe? Debemos distinguir cuatro tentaciones diferentes:

La tentación procedente del interior, por el pecado original

El rescatado debe aprender que en él, es decir, en su carne, no habita ningún bien. El pecado original está en nosotros y, si recorremos nuestro camino con indiferencia y ligereza, él nos sorprende y lleva frutos amargos: otros pecados. Entonces debemos confesar inmediatamente nuestra infidelidad para poner de nuevo nuestra vida en regla. Nuestro fiel Señor nos perdona y purifica de toda iniquidad, y nuestro corazón aprende a ver el peligro que nos acecha.

1 Juan 2:15
2 Cor. 6:14-18
2 Tim. 3:1-5

2 Pedro 1:3-4

1 Juan 3:9

Gál. 5:22, 25

Col. 1:27

1 Juan 5:18

1 Pedro 2:2

Mateo 4:4

Col. 3:16; 4:2

1 Tes. 5:17

Efes. 2:10

1 Cor. 15:58

Col. 1:6, 10

Rom. 7:17-20

Santiago 1:13

Salmo 51:1-5

1 Juan 1:9

Salmo 86:5

Prov. 4:23

La Palabra de Dios nos asegura que ya no tenemos más necesidad de obedecer al pecado. Jesús nos ha librado del poder y de la servidumbre del pecado original. No estar más obligado a pecar, ¡qué maravillosa liberación! De esta forma, cuando surja una mala codicia en nosotros, daremos gracias al Señor por habernos librado de esta sujeción. Así, pues, tendremos siempre la victoria y viviremos gozosos y felices.

Rom. 7:8

Rom. 6:22

Lucas 4:18

Juan 8:34-36

Rom. 8:1-2

Rom. 6:17-22

La tentación procedente del exterior, del mundo

El pecado de este mundo trata de penetrar en nuestros corazones por la puerta de nuestros sentidos. La vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto son las cinco puertas por las que el peligro nos acecha. En el ejemplo de José en casa de Potifar vemos claramente de qué manera un cristiano puede escapar de tales tentaciones: ¡huyendo! Aquí la orden divina siempre es ¡huid! La rápida y valiente huida por medio de la fe nos pone a salvo.

1 Juan 2:15

Prov. 13:3

Gén. 39:7-12

1 Tim. 6:11

2 Tim. 2:22

¡Huyamos de los libros peligrosos, la música, las películas, de las personas y los placeres peligrosos! Así no podremos sufrir ningún mal, tendremos una conciencia pura y un corazón lleno de gozo y felicidad. ¡Huiremos hacia Jesús y obtendremos la victoria!

1 Cor. 6:18

Prov. 18:10

Salmo 61:3

Salmo 17:8-9

La tentación procedente de abajo, por medio de la astucia de Satanás

Este enemigo se acerca al rescatado de tres maneras y usando tres máscaras diferentes.

a) Bajo la forma de **una serpiente astuta**. Busca sembrar la duda en nuestros corazones con respecto a la Palabra de Dios. ¡Habla en contradicción con la Biblia, porque es mentiroso desde el principio! En este caso no se trata de huir, sino de resistirle por medio de la Palabra, como el mismo Señor Jesús lo hizo. Existe un refrán que dice: «La alabanza nos dirige hacia arriba; la acción de gracias protege contra la vacilación, y las dudas vienen de Satanás».

Gén. 3:1-5

Apoc. 12:9

Juan 8:44

Mateo 4:1-11

Lucas 4:1-13

Salmo 118:15

b) Disfrazado de **ángel de luz**, con la Biblia en la mano, Satanás y sus siervos tratan de mezclar la verdad de Dios con la mentira. Aportan, además de la Biblia, algo nuevo y aparentemente igual de bueno. Para él, todas las leyes y doctrinas humanas son buenas. Aquí también se trata de resistir con la Palabra de verdad y de mantener con firmeza lo que la Biblia dice claramente. He aquí el arma divina en este combate de la fe; por ella nosotros seguiremos siendo vencedores. Revestidos de la armadura completa de Dios, así es cómo podremos resistir.

c) Cuando el diablo se presenta como **león rugiente** y ataca a los rescatados, quiere atormentar a los creyentes por medio de sufrimientos y amenazarlos con la muerte del cuerpo.

El Señor Jesús consuela a los suyos recordándoles que Satanás no puede hacerle nada al alma rescatada, que no puede destruirla. A este furioso enemigo, los hijos de Dios pueden resistirle con la fuerza que Dios da. Los sufrimientos que Satanás inflige a los creyentes no son comparables con las glorias que esperan a aquellos que son fieles al Señor Jesús en esas tribulaciones, y que perseveran con firmeza. Quizás no encuentren más que burlas, pero soportar la vergüenza por amor a Jesús, es una gloria de la cual pueden regocijarse. ¡La retribución es maravillosa!

La tentación procedente de arriba: la prueba de parte de Dios

A veces Dios nos hace sufrir pérdidas al pedirnos la devolución de ciertos dones. Es probable que derramemos muchas lágrimas cuando nuestros seres queridos sean llamados a su presencia, o si perdemos la salud o los bienes terrenales. Pero nuestro Dios y Padre lo sabe y nuestro Señor Jesús pone su mirada llena de gracia sobre nosotros. Somos bienaventurados si aprendemos a aceptar y soportar la

2 Cor. 11:13
2 Cor. 2:17
1 Tim. 4:1, 2

Mateo 15:9
Santiago 4:7
2 Tim. 1:13
2 Cor. 4:5
Juan 17:17
Efes. 6:10-17

1 Pedro 5:8
Salmo 22:13
Heb. 11:36-38

Lucas 12:4

1 Pedro 5:9
Juan 15:18-21
1 Pedro 4:12
Rom. 8:18
2 Cor. 4:8-11
Heb. 11:24-26

Heb. 13:13
Hechos 5:41

Gén. 22:1-12
Heb. 11:17-19
Job 1:13-22
Job 2:1-10

Salmo 73:25

prueba que él nos envía, y si le honramos por medio de ella, depositando una total confianza en él. Entonces nuestro corazón se tranquiliza y consigue la victoria. ¡Triunfa la fe en la resurrección!

El don del Espíritu Santo

Todo aquel que consigue la victoria en las diversas tentaciones se convierte en un fiel testigo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Esta vida victoriosa se transforma en una feliz experiencia: Jesús nos hace “verdaderamente libres”. Esto, al igual que el perdón de los pecados, forma parte del Evangelio completo. El Espíritu de Cristo, que habita en los rescatados, ha escogido el cuerpo del creyente para que sea su templo. El cuerpo del creyente ha conseguido, desde aquel momento, la función que le había sido destinada por Dios: ser consagrado en sacrificio vivo y santo a Dios. El Señor adquirió todo derecho sobre nosotros al elevado precio que pagó en la cruz, por el don de su vida. Él desea que estemos a su entera disposición diariamente con nuestro corazón, nuestros ojos, nuestra lengua, nuestras manos y nuestros pies, es decir, con todo nuestro ser. Él espera esta santa consagración de cada uno de sus redimidos, y a partir de entonces su obra en nosotros puede continuar. Cuanto más fieles seamos en esta consagración al Señor, más grande será la recompensa ante el tribunal de Cristo.

Salmo 131:2
Mateo 11:26

Hechos 1:8
Isaías 43:11
Isaías 43:21

Juan 8:36
Hechos 20:27
2 Tim. 1:14

Rom. 12:1, 2
1 Cor. 6:19, 20
Efes. 5:1, 2
2 Cor. 5:15
Prov. 23:26
Cant. 7:10

Filip. 1:6, 2:13
2 Cor. 5:9, 10

2 Tim. 4:7, 8

P. Kiene

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).